



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 29.

JUEVES 17 DE SETIEMBRE DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.  
Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 30 rs.

## SUMARIO.

GLORIAS NACIONALES: LA CONQUISTA DE TOLEDO, por F. Sawa.—EL QUE ESPERA, DESESPERA. (Conclusion), por Jacinto Labaila.—LA PISCICULTURA, por D. O'Ryan de Acuña.—LA CONVULSION, romance, por Enrique del Castillo y Alba.—LAS MONEDAS DE ORO. (Del alemán).—MODAS DE LA ESTACION.—LAS ESTRELLAS, por J. Villela.—LA HIJA DE JEFTÉ, por Lord Byron.—MADRIGALES, por Adolfo Miralles de Imperial.—VIÑETA DE LAS CANTIGAS.—UN VIAJERO SABIO.—PENSAMIENTOS.

## GLORIAS NACIONALES.

### LA CONQUISTA DE TOLEDO.

#### INVOCACION.

Duerme ¡oh Toledo! en la espumante orilla de ese torrente que á tus pies murmura, que con agua pesada y amarilla roe y devora tu muralla oscura, que llora avergonzado tu mancilla, tu perdida riqueza y tu hermosura, y calla por piedad á las naciones, que yacen en tu fondo sus blasones.  
(ZORRILLA.)

#### I.

Gran dia de júbilo fue para España aquel en que los pendones castellanos y leoneses, guiados por el héroe de Montes de Oca, por el es forzado caudillo Rui Díaz de Vivar, se vieron ondear gallardamente, enhiestos sobre los altos muros de la celebrísima joya musulmana, de la oriental Toledo.

La fama de tan gran empresa voló de uno á otro confin.

Las valerosas hazañas del Campeador, honra y prez de aquellos tiempos de fendientes y lanzadas, enorgullecian á los castellanos al par que infundian pavor á los infieles.

La dinastía goda, hundida hacia tantos años por las torpezas de un rey débil y sensual, en los campos de Jerez, era sustituida y vengada por la fusion en Alfonso VI, de las coronas castellanas y leonesas, que constituian una de las mas pujantes monarquías de aquella edad de hierro.

Los moros, que por tanto tiempo habian poseído pacíficamente los vastos estados de nuestra rica España, empezaban á huir aterrados al redoble de los atambores cristianos.

La conquista de Toledo está esculpida con luminosas letras de oro en los brillantes fastos de nuestras pasadas épocas.

Es un bello florón adherido á la corona de nuestras antiguas glorias nacionales.

Leví, una ciudad abandonada y mutilada, pero que lleva impreso el sello de sus triunfos, por lo magestuoso de sus ruinas, nos recuerda los heroicos tiempos de Alfonso el Bravo.

Lo demás ha desaparecido.

La fama únicamente se alza orgullosa, esplendorosa y potente, ante el sepulcro de los héroes, rodeándoles con una imperecedera aureola de gloria, de nobleza, de valor.

#### II.

Era al mediar una noche de mayo corriendo el año de 1085.

La luna iluminaba con su argentado disco la vega que se extiende á los pies de Toledo, donde se asentaban los reales de don Alfonso VI, rey á la sazón de Leon y Castilla.

Un silencio profundo reinaba en la ciudad y en el campamento interrumpido de vez en cuando por los sordos pasos del atalaya, que envuelto en su tabardo, el ojo atento y aprestadas sus armas, vigilaba en el adarbe ó en las trincheras.

Sobre los aportillados muros de la antigua corte de los godos, flotaba aun orgullosa la enseña de los hijos de Ismael.

Sobre las vistosas tiendas de los sitiadores descollaban ufanos los pendones de Castilla.

Entre ellas, magnífica y airosa sobresalía la del rey.

Dos donceles cubiertos de hierro, apoyadas ambas manos en las férreas empuñaduras de sus montantes de combate, guardaban la entrada.

En su interior un hombre dormia en un

suntuoso lecho de campaña, sobre cuyo frontal se hallaban toscamente grabados los cuarteles de Castilla.

Una lamparilla de hierro, próxima su luz á amortiguarse, iluminaba tenuemente aquel cuadro de reposo.

Como habrán deducido nuestros lectores, el hombre que dormia no era otro que Alfonso VI, apellidado el Bravo, que por una sucesion de vicisitudes prolijas de enumerar, ocupaba el solio castellano, como inmediato sucesor que era de su hermano don Sancho, muerto años atrás, en el cerco de Zamora á manos de un traidor.

La fisonomía del monarca, perdida en la penumbra, sonreía dilatada por recuerdos de felicidad.

El rey en su sueño creia que Toledo se rendia, no pudiendo contrarestar á la bravía pujanza de sus huestes castellanas, y que entraba orgulloso en su bridon, al frente de los suyos por la puerta de Visagra.

Y verdaderamente despues de siete años de asedio y continuas escaramuzas entre la morisma y sus vasallos, era para sonreír el bello ensueño del rey.

De pronto una luz fantástica, vaga y diáfana, se derramó por aquel recinto, exhalando un suave y embriagador perfume.

Y la blanca luz acrecentaba difundiendo un olor puro, delicioso.

El rey, deslumbrado por la claridad, se despertó y sentó en su lecho no dando fe á lo que veia.

Mientras tanto el resplandor aumentaba, y últimamente, de su misterioso centro surgió un ser, vaporoso, bello y radiante, que habló al rey en estos términos:

Rey Alfonso: Dios que vela por los destinos de los hombres y de los pueblos; Dios que nunca olvida á los que oran y ruegan á él, ha determinado que esa ciudad inespugnable, esa ciudad invencible, protegida por una raza adoradora de un falso profeta, sea una parte de tus reinos. Estrecha mas el cerco, y dentro

de breves dias se rendirá á tu poder (1). Dicho esto la luz fue estinguéndose y la divina vision desapareció, dejando tras sí un rastro perfumado.

El rey al principio creyólo alucinacion de sus sentidos ó de su acalorada fantasia, pero movido de un piadoso impulso, se levantó, se arrodilló y oró.

La pura luz del alba que empezaba á platear las cumbrës de las montañas con sus tornasoladas tintas, le sorprendió en su oracion.

Concluida esta, llamó á sus escuderos y se vistió su arnés.

### III.

Han pasado cinco dias.

La bandera de Islan ondea todavía sobre los muros de Toledo.

Pero se despliega impulsada á los embates de la desgracia.

Una oscura nubecilla gira alrededor de ella, como presagiando tristes augurios.

No es ya la airosa enseña que, presidida por Tarif el invencible, holló y abatió el antiguo esplendor de los godos, haciéndolo desaparecer teñido en sangre entre las apacibles ondas del turbio Guadalete.

Su poder ha decaído.

Hoy se ve herida de muerte.

El estandarte de la cruz la domina, ó mejor dicho la ha dominado.

¡Regocijate Toledo!

Pronto en tus mezzitas resonarán los cantos cristianos que envueltos entre una nube de aroma se elevarán á ese Dios justo y bueno que mora en las alturas.

Pronto á las medias lunas sustituirán los estandartes de los verdaderos hijos de la fe.

Y esto no podía menos de suceder.

Divididos los moros en bandos, faltos de víveres y escasos de fuerza, no son ya los antiguos hijos del desierto, que habiéndose lanzado sobre España como una tromba impulsada por el Simoun, replegaron el formidable poderío de los godos, á las enriscadas montañas de Asturias. Es una generacion enferma, débil y cobarde, que se arrastra adormecida entre placeres é inmundas bacanales.

Además, descontentos los ánimos de la nobleza musulmana, agoviados por siete años de continuas correrías y devastaciones por parte de los cristianos, y mandados por un rey que en vez de guiarlos al combate se hallaba continuamente rodeado de placeres é impúdicas ramerías, y como tal olvidadas las riendas del Estado, fueron causas que contribuyeron poderosamente á su rendicion.

Si al frente de los árabes hubiérase hallado un rey bravo y fuerte, si hubieran estado unidos y bien disciplinados sus escuadrones de almogavares, tal vez hoy los cánticos del Coram resonarian en sus aljamas.

Pero estaba predestinado que Toledo volviera á poder del castellano, y esta profecía, aunque tarde, se cumplió.

La raza árabe, con su orientalismo en hidalguía y su pureza, habia degenerado eminentemente por los tiempos de nuestra accion.

### V.

Estamos en Toledo.

En esa ciudad fuerte é invencible, y que solo inclinó su vieja frente porque en su seno ardía el foco de la rebelion.

La santa empresa, acometida por Pelayo en Covadonga, que con una espada, una cruz y un puñado de valientes, resistió tan maravillosamente el poder de los muslines, empezaba á dar gloriosos resultados.

Siete siglos mas tarde, cuando el conde de Tendilla tremoló el pendon triunfador por Castilla y Aragon, en los altos muros de la Alhambra, el poder agareno se derrumbó completamente.

El motivo que contribuyó en gran parte á

la definitiva espulsion de los moriscos de nuestro patrio suelo, fue la conquista de Toledo.

¡Toledo!... El mas fuerte baluarte que los moros poseian en España, se rindió al vencedor, porque las discordias civiles, los bandos, las parcialidades y sobre todo el aborrecimiento hácia su rey, eran causas asaz poderosas para que reinase la desunion y flaqueza entre los musulmanes.

Mas para describir detenidamente el triste estado en que se hallaban los negocios del reino, trasladémonos al alcázar.

En él, y en suntuoso retrete oriental, rico en adornos, divanes y tapicerías, se hallaban dos hombres al mediar de un hermoso dia de mayo.

El primero, reclinado muellemente en un divan de damasco recamado de oro, podria tener como de treinta y tres á treinta y cinco años.

Era alto, vigoroso, de hermosura varonil, enérgica, en cuya mirada se traslucía por su fijeza incontrastable, y por los brillantes destellos, que de vez en cuando lanzaba, se traslucía, decimos, que estaba acostumbrado desde su niñez al manto.

Y efectivamente el hombre á que nos referimos no era otro que el poderoso rey de Toledo *Sidi Hiaya*.

Vestia un caftan de brocado, ceñido por una faja de rica tela bordada en oro y pedrería, en la que se envainaba un puñal damasquino preciosamente cincelado: sobre su cabeza, en que tocaba un chal de Persia, descollaba una coronita de oro y piedras preciosas, completando el traje del rey un magnífico almalzar de tela de damasco.

El hombre que le acompañaba, estaba á una respetuosa distancia inclinado con sumision.

Por su agitacion, la palidez de su rostro, lo empolvado de su traje y lo ensangrentado de sus acicates, se conocia á primera vista que acababa de descabargar, y que venia de hacer una larga jornada.

Vestia un jaique de malla, y estaba armado de todas armas.

Los dos guardaban un obstinado silencio. El rey fue quien primero le rompió, prorumpiendo en estos términos.

—¿Y bien, walí Abul Hassam... qué noticias me traes de los infieles?...

—¡Malas... muy malas, señor... contestó el walí inclinándose de nuevo... hemos sido vencidos, y á mas de vencidos lo mejor de nuestra gente ha quedado tendida sobre el campo... *Eblis* (1) debe proteger á esos perros infieles y el ángel *Azrael* (2) ha presidido nuestra jornada!... ¡despierta, señor, despierta, porque tu reino se halla herido de muerte!...

—Y bien... exclamó *Hiaya*... lucharemos y... venceremos ó moriremos en la demanda, Hassam... si el enemigo cuenta lucidos escuadrones, yo tengo buenos muros, contra los que se estrellará su poderío; mientras podamos resistir, resistiremos, y Allah y el profeta, que ven lo justo de nuestra lucha, santificarán nuestra empresa ó harán que bajemos á la tumba con gloria... mientras tanto, hierro por hierro, sangre por sangre: entre muerte ó eterno baldon, prefiero la muerte.

(Se continuará.)

F. SAWA.

### EL QUE ESPERA DESESPERA.

(CONCLUSION.)

### VII.

—Dichosos los ojos que pueden ver á usted.

—Estoy muy ocupado, doña Brígida.

—Lo presumo, Pedro, ¡pero olvidar á sus mejores amigas!...

(1) Satanás.

(2) De la muerte.

—¡Por Dios, doña Brígida!... aunque hace tiempo que no la visito, yo no puedo olvidar á usted ni á nadie, y ¡ójala pudiera olvidar!...

—¡Olvidar!... ¿qué tiene usted, Perico? A usted le pasa algo extraordinario...

—No lo crea usted...

—Lo lleva usted escrito en la fisonomía; confíeseme sus cuitas, no ignora usted que sé guardar un secreto, y que me intereso por los amigos.

—Pues bien, doña Brígida, seré franco. Hace un mes... poco mas que estoy furiosamente enamorado. Paseaba continuamente la calle de mi amada, se apercibí al momento, y salia al balcon cuantas veces yo pasaba. Empezaron los telégrafos y no quedaron sin contestacion... creyéndome correspondido me atrevi á escribirla... un dia la enseñé la carta, dándola á entender si la queria recibir... me bajó un hilo, se la ató y la recibió. Al dia siguiente me contestó... ¡adivine usted lo que me contestó!...

—Fácil es de adivinar... Le diria á usted que sí.

—Pues me dijo que no.

—¡Jesus! ¡que villanía!... ¡Qué mujeres hay en el mundo!

—Ya ve usted si tengo motivo para estar triste, desesperado y cariacontecido.

—¿Y quién es ella?... Alguna coqueta... preciso.

—Hasta eso ignora. Solo sé que se llama A... asi ha firmado la carta.

Perico mantenía el anterior diálogo con doña Brígida, señora de sesenta años, persona simpática por su escelente corazon, por su esquisita sensibilidad y por el interés con que miraba cuanto á sus amigos pertenecía.

### VIII.

—Buenas tardes, tia.

—Muy buenas, sobrina. ¡Qué cara eres de ver! ¡Me has olvidado!...

—No lo crea usted, soy incapaz de olvidar á nadie, y menos á usted... y... ¡ojalá pudiera olvidar!...

—¡Olvidar!... Esto es muy original pensó para sí doña Brígida, recordando la escena anterior.

—¡Ay, tia! ¡estoy desesperada!...

—¿Qué te sucede, sobrina?... Cuéntamelo.

—Voy á franquearme con usted. Hace un mes... poco mas, que estoy locamente enamorada. Un jóven me paseaba la calle dándome á entender que me queria, con todas esas demostraciones que hacen los hombres antes de declararse; y yo á mi vez le daba á entender tambien que le correspondia, con todas esas demostraciones que hacen las mujeres que desean oír pronto una declaracion. Llegó ésta al fin y le contesté...

—Pero hija, ¡tú no sabes leer ni escribir!...

—Me valí para ello de una vecina amiga mia, á la que dí instrucciones para que contestara que correspondia á mi amante y para que lo citara á las once de la noche.

—¿Y... ¿quién es ese jóven?...

—Se llama Pedro Sandoval.

Doña Brígida se vió envuelta en un laberinto de confusiones del que no acertaba á encontrar la salida; la faltaba el hilo de Adriana. Perico se quejó de que Andrea le diese calabazas y ésta de que aquel no acudiera á la cita. Conoció que alguna equivocacion tenia incomunicados y reñidos quizá para siempre á dos jóvenes que se amaban. Súbitamente le ocurrió una idea que se propuso realizar y dijo á su sobrina:

—Andrea, enviaré un recado á tu papá y te quedarás á comer conmigo.

—Como usted quiera.

Doña Brígida escribió y envió á Perico esta lacónica epistola:

«¿Podré esperar de su amabilidad que, para

tratar de un asunto interesantísimo acuda usted á la tarde á esta su casa?»

IX.

Sentadas trabajando al velador estaban doña Brígida y Andrea, cuando se abrió la puerta del gabinete y apareció un hombre: era Perico Sandoval.

Andrea lanzó un grito de sorpresa.

Doña Brígida dejó escapar un grito de satisfacción.

Perico quedó absorto y mudo con encuentro tan inesperado.

—Pase usted adelante, amigo mio, y tome asiento, dijo la dueña de la casa sacando á Pedro de su embarazo.

—Con muchísimo placer.

Pedro se sentó.

Cinco minutos despues una doncella anunció á doña Brígida que tenia una visita en el salon.

—Ustedes me dispensarán... voy á cumplir con la sociedad... soy con ustedes al momento.

Salió doña Brígida, y los amantes, aunque se alegraron interiormente, permanecieron mudos.

Querian reconvenirse mutuamente y no sabian cómo empezar... y callaban.

La situación era violenta... ¡hablarse por primera vez y hablarse para reconvenirse!

Por fin tras de una prolongada pausa Andrea rompió el silencio con este exabrupto:

—Caballero; nunca creí que tuviera usted tan poca formalidad.

Perico sin comprenderla y sin contestarla la dirigió esta otra interpelacion:

—Señora; nunca creí que fuera usted tan falsa.

Andrea palideció; pero habia provocado la lucha y no queria retroceder.

Ambos estaban en el mismo caso; los dos querian atacarse y ninguno defenderse; era preciso que no se entendieran.

—¡Usted es el falso!... ¡Hacerme estar tres horas esperando!...

—¿Quién le mandaba á usted que estuviera? ¡Hacerme concebir esperanzas para despues!...

—¡Declarármeme para portarse luego como usted se portó!...

—¡Recibir mi carta para luego decirme lo que usted me dijo!...

—¡Ponerse á mi disposicion y faltar á la primera cita!...

—Buscar el modo de recibir mi carta y...

—¡Es una informalidad que no tiene dispensa!

—¡Es una burla que no merece perdon!

—¡Es usted un hombre sin palabra!

—¡Es usted una mujer hipócrita!

—¡Señora!!

—¡Caballero!!

*Pausa.*

—Hablando á un tiempo no nos vamos á entender. Principie usted; yo hablaré luego.

—Pues bien. ¿Le parece á usted proceder digno faltar á la primera cita?

—Ignoro de qué cita habla usted.

—De la que yo le concedí.

—Lo único que usted me ha concedido son las calabazas mas ridiculas del mundo.

—¡Yo he dado á usted calabazas!

—Usted misma se ha asustado de su obra.

—¡Yo he dado á usted calabazas!

—¡Cree usted que no se leer!...

—¡Cree usted que no sé lo que he querido escribir!...

—¿Se está usted burlando de mí?...

—Eso mismo voy creyendo de usted.

—¡Usted se ha vuelto loca!

—¡Usted ha perdido el juicio!

—¡Caballero!!

—¡Señora!!

*Otra pausa.*

—Hablemos por turno... voy á poner clara la cuestion. Usted se me declaró y yo le contesté que sí.

—Usted me contestó que no.

—Que sí.

—Que no.

—¡Si sabré yo lo que le queria contestar!

—¡Si sabré yo lo que usted ha contestado!

Carta canta... lea usted.

Andrea se ruborizó: por segunda vez comprendió el papel ridículo que representan en la sociedad los que no saben leer ni escribir.

—No... no... lea usted, contestó Andrea roja de vergüenza.

—Dice así:

«Caballero: no os conozco y extraño que os hayais dirigido á una muchacha que tambien os es desconocida; vuestra amartelada epístola, en la que tratais de probar que sentís una pasión tan profundamente inverosímil, me convence de que es hija del estudio mas que del corazon y sus frases mas me revelan el cálculo que el amor. Si sencilla y llanamente me hubiérais dicho: «yo os amo,» quizá os hubiera correspondido; pero dispensadme si despues de leer las tres cuartillas de letra compacta que me habeis dirigido, os contesto: «Caballero, no os canseis; no os amo.»

A.»

Andrea tenia las mejillas de grana.

—¡Diga usted ahora que no me ha dado calabazas!

Andrea sofocada se atrevió á confesar á su amante que no sabia leer ni escribir y que esa carta la habia confeccionado á su placer su amiga Juanita.

Entonces vieron claro los dos.

—Ahora lo comprendo todo, exclamó Perico... Juanita se hizo la ilusion de que yo la amaba, y al comprender su equivocacion...

—¡Infame! dijo Andrea indignada.

—Olvidémoslo todo, le contestó Perico, y entreguémonos á la efusion de nuestro amor...

Perico tomó la mano á Andrea y se la iba á besar... cuando apareció doña Brígida. Los amantes se turbaron y la tia les dijo comprendiéndolo:

—No hay que asustarse... soy vuestra protectora... todo lo he oido... comprendí que habia una equivocacion, y sabiendo que los dos os amabais, os cité, y os habeis entendido; me alegro.

Como se ve, doña Brígida no era una rezagada del siglo XVIII como su primo don Simplicio, sino una señora mayor y muy decente del siglo XIX.

X.

Desde el dia que se entendieron, todas las tardes se juntaban los amantes en casa de doña Brígida.

Perico llevó unas cartillas y una materia y daba leccion á Andrea de lectura y escritura.

Doña Brígida recomendó á su primo don Simplicio un jóven escelente para marido de Andrea sin enterarle de las relaciones que mediaban entre ambos; pues este marido era Perico. Don Simplicio le admitió cuando supo que pertenecia á una familia distinguida y que sus bienes eran cuantiosos.

Perico convino con doña Brígida y con Andrea, cuando por ellas supo esta satisfactoria noticia, en ir al dia siguiente á pedir á esta última por esposa.

XI.

—¡Es verdad lo que he oido, don Simplicio? ¿Me concede usted su mano?

—Concedida.

—¿Será mi esposa si ella consiente?

—¡No ha de consentir!... queriendo yo... ¿qué importa que ella nada sepa?

Aquí está...—Hija mia, vas á casarte.

—Papá, bien.

—Este jóven, don Pedro Sandoval me ha pedido tu mano, y yo se la concedo.

—Si usted se empeña...

—Sí; porque te hará feliz... Los casamientos arreglados por los padres son los únicos

que salen bien... Tú nada sabias... pero yo velaba por tu felicidad.

Acontecia con frecuencia á los cándidos padres del siglo XVIII lo que aconteció á don Simplicio: querian que sus hijas se casasen á gusto de ellos y por su orden, y ellas para hacerlo creer se valian de farsas semejantes á la que con él ejecutaron Perico y Andrea.

XII.

Poco tiempo despues Juanita recibió una elegante caja que contenia los dulces de la boda de Perico y Andrea; la susodicha caja ostentaba en su parte superior en letras descomunales este letrero epigramático: «Buen provecho.»

Juanita arrojó los dulces á la calle.

Andrea ya leia impresos y llenaba cartapacios del número seis.

JACINTO LABAILA.

LA PISCICULTURA.

II.

Prefijadas estas bases, es ya fácil comprender que lo que ahora se conoce por piscicultura encierra el principio fundamental del arte completo de cultivar el agua.

Si: el agua puede ser cultivada por reglas análogas á las del cultivo de la tierra. Esta es una verdad *experimental*; porque desde muy antiguo se ha aumentado y mejorado, por medio del arte, el producto anual de especies acuáticas. De los cuatro tipos en que el reino animal se divide, especies acuáticas pertenecientes á tres de ellos, el de los vertebrados, el de los articulados y el de los moluscos, han sido cultivadas desde tiempo inmemorial hasta el dia de hoy. En la actualidad, especies correspondientes al tipo restante, al de los zoófitos, por ejemplo, el coral y la esponja, van á cultivarse bajo la garantía de la mas sólida induccion (1). ¿Ni quién puede dudar que, sobre todo con la facilidad práctica de que para la locomocion subacuática dispone ya el hombre (2) sea dado cultivar igualmente especies vegetales propias del agua, es decir, acrecentar ó perfeccionar el producto anual de las mismas?

La naturaleza de la piscicultura actual abraza, por consiguiente, el cultivo general de todas las aguas; al modo que la de la agricultura presente abarca el cultivo general de todas las tierras: los límites de la primera son tan solo los de las porciones líquidas del globo y los de las especies útiles que las pueblan; como los de la segunda lo son los de las porciones secas y sus especies vegetales y animales, mas inmediatamente provechosas al hombre.

Pero, ¡cuánto mas vastos no resultan en realidad, los límites materiales de la que llamo acuecultura, comparados con los de la que denomino terrecultura!

Esta observacion me impulsa á enunciar otras ideas no desnudas, quizá, de interés social.

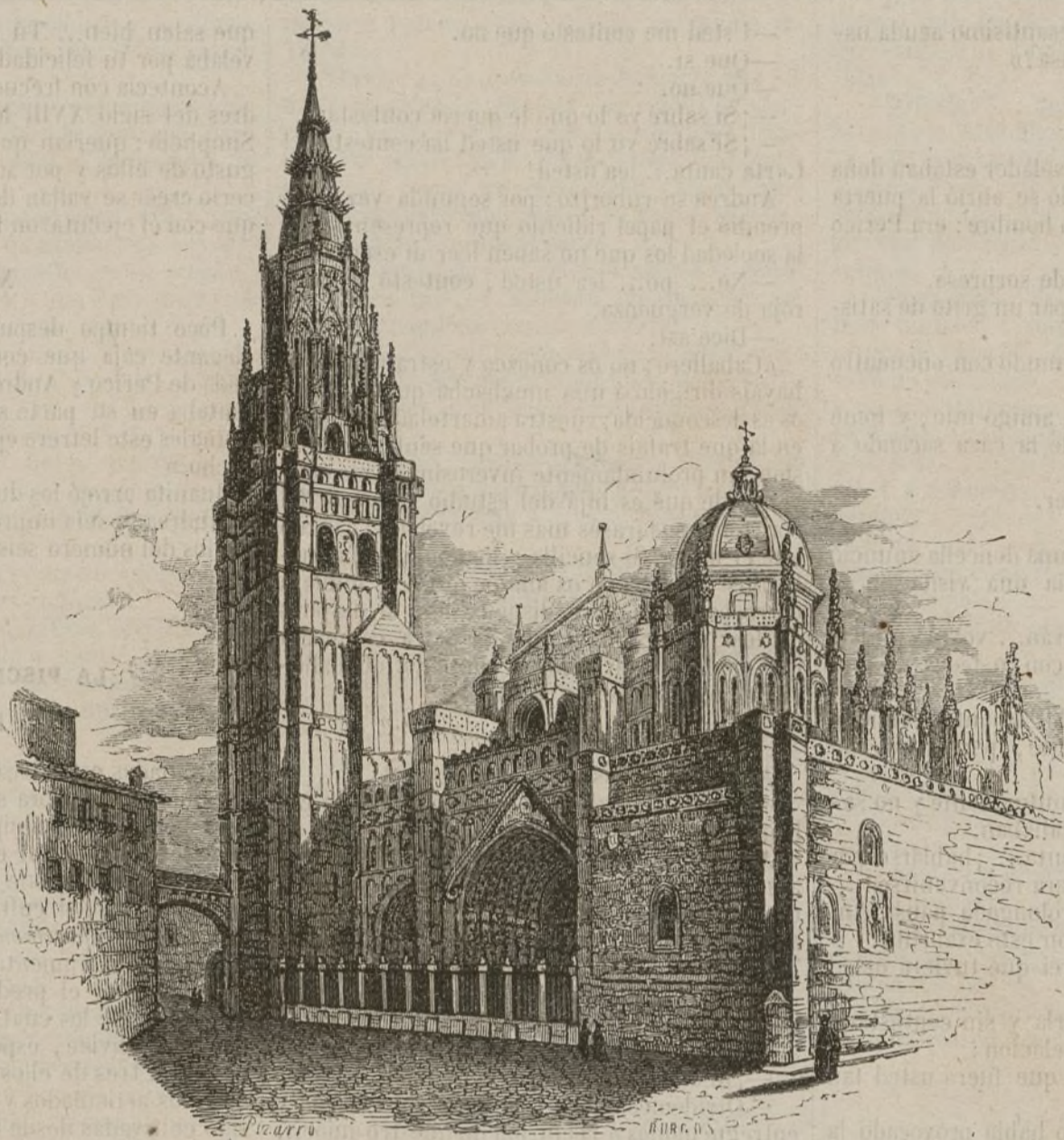
Nadie ignora que en nuestro planeta el conjunto de las grandes superficies secas, de que está sembrado, ocupa una estension considerablemente menor que el de las líquidas (3). Hay en esto, sin embargo, las siguientes particularidades, harto atendibles para el extremo que me ocupa.

El conjunto de aquellas superficies secas no ofrece á las especies vegetales y animales, sino una sola costra, ó sea capa habitable. El conjunto de las superficies líquidas, por la inversa, fuera de que presenta á las especies acuáticas una costra sólida, el fondo ó suelo, cuyo área es mucho mayor que la parte seca del globo, presenta tambien á gran número de

(1) Véase el *Boletín mensual de la sociedad imperial de aclimatacion*: t. 4, núm. 5, París, 1857.

(2) *Ibid.*

(3) «Cerca de las tres cuartas partes de la tierra están cubiertas de agua.» HUMBOLD: *Cosmos*.



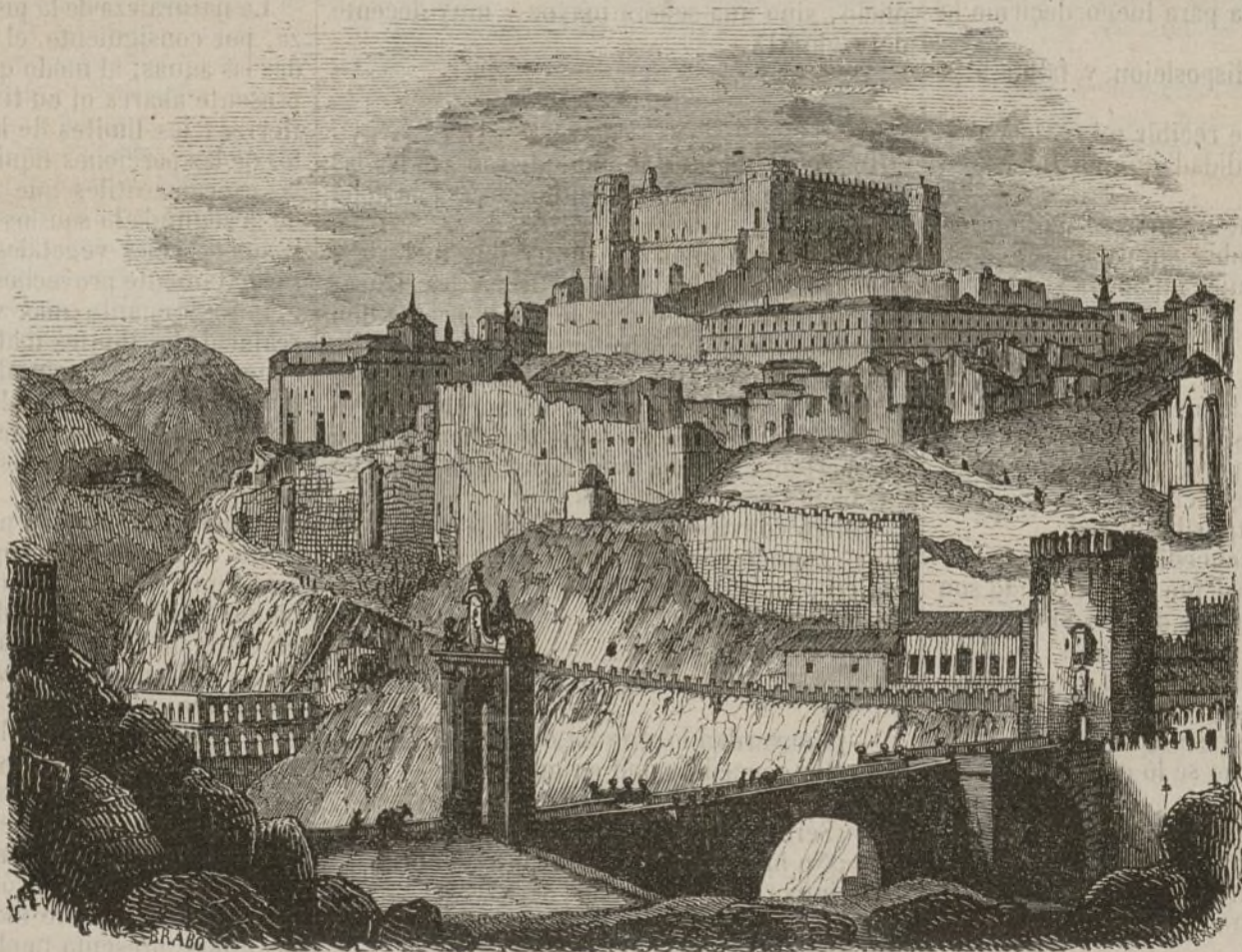
La catedral de Toledo.

ellas, durante casi toda la existencia, otras varias capas habitables: dado que la profundidad del agua consiste en la superposición de las capas líquidas.

En suma: las tierras no tienen mas que una

superficie habitable, que es su costra exterior. Las aguas al contrario, representan dos superficies habitables; la una sólida, la otra líquida. La primera es mucho mayor en su conjunto que las tierras. La segunda viene a

encerrar una serie de capas concéntricas habitables, cada una de las cuales es igual en estension á la superficie sólida donde se hallan colocadas. La costra dura, sobre la cual descansan las aguas, juntamente con las nume-



Vista de Toledo.

rosas capas de que constan las profundidades equivalen, pues, á una estension consistente y

á varias otras líquidas y concéntricas iguales entre sí.

Adiciónense ahora estas superficies líquidas; agrégueselas la superficie sólida que ellas cu-

bren, y se concebirá un ámbito total capaz de proporcionar á la vida un teatro incomparablemente mas vasto que el que la tierra seca la ofrece.

Esto mismo tambien lo confirman las armonías de la naturaleza.

En los dominios de las aguas todo demuestra en efecto que los organismos se encuentran adaptados á espacios de mucha mayor magni-

tud que los de las tierras. Desde luego esta verdad la indica la consideracion del crecidísimo volúmen que adquieren los individuos de diversas especies acuáticas, y del cual nada parecido presentan las especies terrestres en ninguna época geológica conocida. Pero dejando á un lado esta y otras concordancias que pudiera aquí aducir, bastará advertir la que en la reproduccion de las especies se encier-

ra, para que acabe de comprobarse el cálculo arriba consignado.

Aun sin entrar para ello en un prolijo reconocimiento de los reinos organizados, la mera contemplacion de algunos fenómenos referentes á uno solo de los cuatro tipos animales ya citados, esclarecerá por completo aquel hecho.

Cuando se derramaba la mirada por el conjunto de las especies correspondientes al tipo



Modas de la estacion.

de los animales vertebrados que, tanto por abrazar mas géneros familiares, cuanto por que ofrece tambien la medida reproductiva de los restantes tipos zoológicos, será el que aquí someta á rápido exámen, lo primero que se echa de notar es el escasísimo número de especies mamíferas propias de las aguas. Esceptuando el orden de los cetáceos, que comprenden muy pocos géneros y no muchas especies, no existen en las aguas otros ejemplares de animales pertenecientes á aquella clase. Tan señalada particularidad, en medio de las infinitas especies correspondientes al mismo tipo zoológico, en las cuales abundan las aguas, denota al punto que la naturaleza al poblar este elemento no ha debido imponerse, ni con mucho, las restricciones que ha observado tocante á la reproduccion de las especies animales terrestres. Porque siendo de suyo los mamíferos los seres, de entre todo el reino animal, cuyo método de generacion se presta menos que ningun otro á la rápida multiplicacion de

los individuos, es constante que aquella clase ha debido quedar, por decirlo asi, relegada á los límites relativamente pequeños de la tierra seca.

Otro modo de generacion, el ovovivíparo, que se brinda poco mas que el anterior al veloz acrecentamiento de los individuos, ha sido empleado con casi la misma parsimonia por la naturaleza, al prefijar leyes de reproduccion á las especies animales acuáticas. Asi que, la clase de los pescados no ofrece sino limitadísimas especies, cuya multiplicacion se efectúa con sujecion á esa ley.

En cambio la generacion ovípara, ó sea la que mas facilidad permite á la reproduccion de los seres animales superiores, se ve aplicada con mucha mayor profusion á las especies acuáticas que no á las terrestres del propio tipo.

Mas no es eso solo. Sino que ¡cuán pasmosa diferencia no existe entre la fecundidad general con que respectivamente han sido dotadas

esas distintas especies acuáticas y terrestres.

En la imposibilidad de descender aquí á minuciosas comparaciones acerca de este extremo, únicamente haré un brevísimo cotejo entre dos solas clases, las aves y los pescados. Este cotejo, aunque circunscrito á muy pocas especies, será suficiente para poner de relieve la notable superioridad prolífica de los segundos relativamente á las primeras.

Recurriendo con el indicado propósito al orden de las gallináceas, uno de los mas conocidos y fecundos de la clase, tómese, por ejemplo, la gallina ú otra cualquier especie. Concédase que la hembra, cada año, pone cien ó aun doscientos huevos. Elijase por otra parte, de entre los pescados, algunos de los que se reproducen en una razon bastante corta, considerada la prodigiosa fecundidad de la clase entera. Compárense, pues, entre sí la gallina y el salmon comun. ¡Qué son entonces los ciento ó doscientos huevos que la una pone al año, en comparacion de los veinte mil huevos

que la hembra del salmon comun produce! ¡Y qué razon tan diferente, tan insignificante, no representan estas distintas cifras para el acrecentamiento progresivo de cada una de entrambas divisiones zoológicas!

Ni hay que olvidar que de intento he traído aquí ejemplos adecuados para establecer casi bajo el aspecto menos favorable á la clase de los pescados, la inmensa superioridad reproductiva con que esta clase aventaja á la de las aves. Pues en primer lugar, estas no ofrecen facultades reproductivas mas enérgicas que las que existen en el orden de las gallináceas: y en segundo lugar, la mayor parte de los pescados son muchísimo mas fecundos que los salmonios. Así que la razon en que las gallináceas se multiplican, dado que deba parecer bien insignificante cuando se la compara con la en que los salmonios se reproducen, todavía resulta extraordinariamente mas exígua, si se la refiere á la razon en que numerosas especies de pescados se propagan. En efecto, ¿qué supone aquella razon, cuando se sabe que la hembra de la tenca da al año unos setenta mil huevos; la de la carpa y la de la perca, unos doscientos cincuenta mil cada una; la del sollo, unos siete millones; la del bacalao, nueve mil ones, y hasta trece millones, las de algunas otras especies?

Podría aquí objetarse, con algun viso aparente de fundamento, que aun cuando la energia reproductiva de la clase de los pescados, esencialmente se manifiesta tal como acaba de significarse, los obstáculos que luego en el estado natural se oponen á la fecundacion de la totalidad de los huevos y los ulteriores motivos de destruccion á que la vida de aquellos seres se encuentra sujeta, sobre todo á causa de la notable voracidad inherente á gran número de sus especies, constituyen hechos capaces de equiparar en la práctica los medios reproductivos de la una y la otra clase.

Pero esto se halla muy distante de resultar así. ¿Qué especies animales hay, si no en el agua ó fuera de ella, mas espuestas á toda suerte de enemigos, que el bacalao, la merluza, el arenque, la sardina? Y sin embargo, ¿dónde existe otra especie vertebrada tan numerosa, ni con mucho?

Lo que si debe únicamente concluirse de semejante objeccion, consiste en que con el cultivo, del cual es propio tener á raya las especies devastadoras, las reproducciones de las especies acuáticas mas acomodadas para los inmediatos usos del hombre, cobraria un aumento inconmensurable.

No terminaré el exámen que de la productividad de las aguas dejo bosquejado, sin añadir la observacion de que principalmente á la incalculable superioridad de la estension de los espacios representados arriba bajo la fórmula de aquel elemento, cotejado con la tierra seca, como teatros fisiológicos, se debe el que el cultivo del segundo de ellos resulte indispensable en una época social muy anterior á la en que el de las porciones líquidas del globo comienza á hacerse necesario. Por aquí puede igualmente inferirse el vastísimo acrecentamiento de produccion que sea justo aguardar de someter las aguas á un cultivo científico, algo mas estenso que el actual.

Por lo demás, considero que el lato y sistemático cultivo del agua, que ya ha principiado á emprenderse, abre á la humanidad un nuevo y halagüeño porvenir. Su introduccion en el seno de la civilizacion presente, equivale á lo que la introduccion del cultivo de la tierra fue para la antigua Grecia. Entrambos pasos son puntos de partida para la realizacion de altísimos destinos.

Finalmente, al contemplar la índole de aquel nuevo cultivo, no puedo menos de convencirme de que está llamado á adquirir, en breve, un desarrollo prodigioso. Nuestra civilizacion tiene necesidades peculiares y perentorias que sus medios materiales no la permiten satisfacer. De ahí el desequilibrio en que se agitan las sociedades modernas. Los productos actuales del cultivo de las tierras, juntamente con los

productos espontáneos de las aguas, no bastan á cubrir las exigencias presentes. No las llenarian, ni aun supuestas otra distribucion de la riqueza y una considerable reforma en las costumbres. Tampoco un cultivo mas amplio y mas perfecto de las tierras contentaria las exigencias materiales de nuestra civilizacion, ni introducidas aquellas otras dos mejoras; porque la tendencia á la grande aglomeracion, que es inherente al estado social, impediria el logro de semejante equilibrio.

¿Qué resta, pues? Solo resta empezar con redoblado ardor á cultivar, á la par que las tierras, otro elemento cuya mucho mayor productividad pondrá las justas exigencias de los contemporáneos en armonía con los medios prácticos de cubrirlas.

Aquel recurso es necesario; y por lo mismo se empleará.

Tal es, al menos, mi conviccion profundísima.

D. O'RYAN DE ACUÑA.

### LA CONVULSION.

ROMANCE.

Entre las diversas plagas  
Todas *di primo cartelo*,  
De que Dios rodeó al hombre  
Por desobediente y terco,  
Descuella sin duda alguna,  
Y le apura el sufrimiento,  
Lo que llaman *convulsion*...  
(Solo el nombre causa miedo).

Y no convulsion política  
Azote del pobre pueblo,  
Suplicio del propietario,  
Del conspirador recreo,  
Sino de esas convulsiones  
En que intervienen los médicos,  
Y las han calificado  
De *convulsiones de nervios*.

Dolencia, que es, casi siempre,  
Peculiar del bello sexo,  
A las unas, porque es moda,  
A las otras, por mal genio,  
A aquella, por conveniencia,  
A esta otra, por tener celos,  
A la de allá, por pesar,  
A la de acá, por despecho.

Pues aunque de convulsiones  
Hay casos muy verdaderos,  
Que tienen por triste origen  
La enfermedad de alma y cuerpo,

Puede, segun la experiencia,  
Probarse con poco esfuerzo,  
Que son fingidos los mas,  
Y que son verdad los menos.

¿Qué marido pacientísimo  
No teme á cada momento  
La convulsion de su esposa  
Y sus resultados luego?

Por evitarla, discurre  
Ser un segundo *Proteo*,  
Y toma como él las formas  
Mas propias para su objeto.

De regañon, se hace amable,  
De celoso, se hace crédulo,  
De inconstante, se hace fiel,  
Y de económico, espléndido.

Que una nube de verano  
No le inspira mas respeto,  
Que esas rudas convulsiones  
A que se ve tan espuesto.

¿Quiere un vestido la esposa  
Y el marido pone ceño?  
Pues llama á la convulsion  
Y al punto hay vestido nuevo.

¿La reprende porque al primo  
Le mira con mucho afecto?  
Pues viene la convulsion,  
Y el primo queda por dueño.

¿Riñe el yerno con la suegra  
Por que la gusta el manejo?  
Pues la convulsion decide  
Que ella prosiga en su imperio.

De modo, que el pobre esposo,  
Humildísimo cordero,  
Ve segura su derrota  
Al oír... «*que me dá aquello*».

Y si la dá, Dios nos libre,  
No se mueve cual Tiberio;  
Que la allojan el corsé,  
Que el doctor viene corriendo.

Que éste la pulsa muy grave,  
Y aunque ya conoce el juego,  
La receta agua de azahar,  
Por no mandar la del Berro.

Que se agita la paciente,  
Que se tira de los pelos,  
Que enseña las pantorrillas  
Con sus bruscos movimientos.

Que se esfuerza en hacer fuerza  
De cien caballos lo menos,  
Y hay que llamar al auxilio  
De algunos brazos gallegos.

Hasta que al fin ya cansada  
De la brega y de los gestos,  
Anuncia la conclusion  
Con un suspiro tremendo.

Ya cuando soltero pudo  
Su marido, amante ciego,  
Observar aquestas gracias  
Tan amargas con el tiempo.

Porque si tardaba un poco  
A la cita en el paseo,  
O una furtiva mirada  
Dirigia á un rostro bello,

O coquetear queria  
Con tres ó cuatro sugetos,  
Y él su enojo la mo traba  
Poniendo el grito en los cielos,

O á algun café concurría  
A hablar con sus compañeros,  
O bien á sus amistades  
Dedicaba un visiteo,

A su sensible futura  
La acometía el acceso,  
Y lo que es mucho peor,  
La madre con sus denuestos;

«Usted me la va á matar,  
»No tiene usted sentimientos,  
»Usted no es novio, es verdugo,  
»Bien aprecia usted su mérito.

»Si de amante así la trata  
»¿Qué hará usted siendo su dueño?  
»¡Ay, hija! ¡que desgraciada  
»Eres, sin merecer serlo!»

Pero como la pasion  
Suspende el conocimiento,  
El futuro apasionado  
Olvida lances tan serios.

Y fiando en que tal vez  
Al pasar á estado nuevo,  
Cedan estas convulsiones  
A otros deberes su puesto,

A su futura conduce  
Al dulce altar de himeneo,  
Y su error al fin conoce  
Cuando no tiene remedio.

La que padece este mal,  
O que finge padecerlo,  
Busca siempre concurrencia  
Para estos pasos escénicos.

Si de una amiga y su novia  
Quiere alterar el sosiego,  
La asalta una convulsion,  
Cae, pero despacio, al suelo.

Y por la ley del mas fuerte  
La coge el jóven con tiento,  
Y á su amiga la da un gusto  
Cual si la mordiera un perro.

¿Cuántas veces por llamar  
La atencion de algun mancebo,  
(Y no de peluquería,  
Ni tampoco de comercio).

La suele dar en visita  
En el teatro, en el templo,  
Proporcionando á su madre  
Ocasión de ofrecimientos!

Y con lo demás que omite  
Por no pecar en parlero,  
Forma un conjunto especial  
Este tipo tan funesto,

Que constituye una plaga  
De las *di primo cartelo*,  
De que Dios rodeó al hombre  
Por desobediente y terco.

ENRIQUE DEL CASTILLO Y ALBA.

### LAS MONEDAS DE ORO.

(DEL ALEMAN.)

A la edad de treinta y dos años ascendió al poder el duque Luis, después de la muerte de su tío. Pocos príncipes de su tiempo, poseyeron conocimientos tan varios. Viajaba en Europa, no de corte en corte para divertirse, sino con el objeto de adornar y estender su entendimiento. Príncipe hereditario, se había captado el amor del pueblo por su bondad, afabilidad, modestia y una beneficencia sin igual. Gastaba poco, pero se sacrificaba por el adelanto de las ciencias y el alivio de los necesitados. Ya estaba viudo, y para conservar la paz, resolvió no volverse á casar. Su servidumbre se componía de un lacayo, un jardinero, un cazador, un cochero, un cocinero y un secretario. Vivía en una de esas posesiones como un desterrado, porque el aciano duque, su tío, no lo amaba, sin saberse la causa de ello. Es raro que un príncipe reinante quiera á su sucesor, porque generalmente no ve en él sino á un heredero impaciente.

El antiguo duque, era un señor riguroso é inflexible; gustaba de la pompa y del orden, tanto en su casa como en sus Estados. ¡Todo se hacia por rutina, todo andaba como un reloj, y desgraciado del que hacia mas ó menos de lo que le estaba prescrito! Gustaba de inspeccionarlo todo, descendiendo á los menores detalles, y la miseria y la opresion reinaban en el ducado. Los cortesanos escribían mensualmente un estado, de los que se hacia un general que era presentado á su alteza, imaginándose al ver dicho estado, abarcar con un golpe de vista la situacion completa del ducado. Bastábale al buen hombre ver cifras, nombres y algunas observaciones respetuosas, y se imaginaba haber convertido en máquina la administracion de sus Estados, admirándose de la sencillez del mecanismo. Pero lo que aconteció fue, que queriendo hacer autómatas de sus vasallos, hizo entes cobardes é ignorantes. Su pueblo se corrompió en la depravacion, entre tanto que sus vecinos mejoraban de dia en dia su inteligencia.

—¿En qué consiste, preguntó el anciano duque á sus cortesanos reunidos, que gasto á pesar de todo, tanto dinero? La solucion de esta pregunta volaba de boca en boca, pero ninguno se sentía con el valor suficiente para decirle al príncipe.

El baron de Leinau se adelantó; éste acababa de ser nombrado secretario del gran consejo, y se imaginó probablemente que encontraba la ocasion mas oportuna para manifestar su reconocimiento al duque.

—Alteza serenísima, dijo, se necesita de una parte una poca de libertad y de energía, y de la otra menos relaciones y papeles. Los ejércitos pasan por máquinas, pero los que tienen una superioridad marcada sobre el papel, son derrotados con frecuencia en el campo de batalla, cuando tienen que luchar con un enemigo que hace mas que evoluciones, que piensa, que ama la libertad.

Un anciano feld-mariscal agitó silenciosamente su cabeza gris, é inclinándose delante del duque, dijo:

—El Estado y el ejército no pueden ser máquinas privadas de vida y de voluntad; el genio del príncipe vivifica al uno, el pensamiento del general al otro. El Estado es poderosísimo cuando el príncipe para conseguir sus proyectos no teme los gastos, el general es invencible cuando tiene cien mil brazos para ejecutar sus planes.

El baron de Leinau repuso con timidez:

—El error que causa los desastres de los Estados, es el de no ver en los hombres, sino maniqués sin voluntad, y tener en menos su

inteligencia y su valor que sus brazos y piernas. Un ejército á quien animase una grande inteligencia, aun cuando fuese vencido, viviría en sus restos, y como la hidra de Lerna, en lugar de una cabeza abatida mostraria otras mas formidable aun. Por el contrario, un ejército...

—¡Silencio, callaos, impertinente! gritó el duque con voz tonante; no está bien que critiquéis á un feld-mariscal cuando apenas sabéis cortar una pluma.

El baron se puso encendido de vergüenza, y después de cólera, cuando el duque le señaló la puerta con el dedo; inclinóse y salió con los ojos chispeantes. El duque le dirigió una mirada de desprecio, en la que leyó la corte entera su desgracia. El feld-mariscal murmuró algunas palabras sobre la temeridad de los jóvenes, que no sabiendo gobernarse ellos mismos, querían dar consejos al mas sabio y mas amado de los príncipes. Estas últimas palabras fueron acompañadas por una mirada respetuosa dirigida al duque. El canceller deseaba que ascendiese al lugar de Leinau un sobrino suyo, y así tomó en seguida la palabra, elogiando largamente á su sobrino. Un mariscal de campo, hermano de una niña muy fea con la que Leinau se había mostrado indiferente, añadió tambien una pequeña reflexion.

Al siguiente dia recibió el baron la orden graciosa de viajar aun algunos años, y de aprender á cortar las plumas antes de volver á la corte.

Leinau se golpeó colérico la frente cuando lo supo. —Nadie tiene el derecho de ser imprudente; tú no serás jamás sensato y pasarás la vida en los caminos reales, decia haciendo sus preparativos, y pudiendo apenas contener sus lágrimas. Sin parientes, y poco sobrado de dinero, era como vemos un baron (1), en toda la estension de la palabra. Entonces visitó la Suiza; sus montañas le llamaron la atencion por su magestad; pero se alejó de allí viendo hombres débiles, degenerados y leyes llenas de rarezas. Marchó á París, en donde solo se hablaba de hacienda; por todas partes placer, voluptuosidad, pobreza y miseria. Llegó á Londres, donde únicamente encontró instituciones libres, y allí, por fin plantó sus reales.

Recorriendo un dia las calles, mirando á uno y otro lado, oyó en la tienda de un librero una discusion muy animada; volvió la cabeza y reconoció á uno de sus compatriotas, á quien había visto con frecuencia en los paseos públicos, y que disputaba con el librero. Hizo aquel al baron una señal con la mano, y éste se aproximó.

—Me encuentro en una posicion muy critica, le dijo en aleman: he comprado una coleccion preciosa de paisajes, de cartas geográficas, de estampas y libros raros por un precio loco. Hay dos meses que hicimos el trato esperando dinero que debía haber llegado á los catorce dias; pero por un funesto contratiempo, mi padre me escribe que marche inmediatamente á Alemania. Debo encontrar en Amsterdam una asignacion de 1,000 luisas; pero no me envia ni un sueldo. Debo al librero 300 luisas, y no quiere romper el trato; me amenaza, y apenas tengo 20, contando con ellos para subvenir á los gastos del viaje de aquí á Amsterdam. ¿Podeis auxiliarme?

El baron reflexionó un instante.

—¿Teneis fondos? repuso su interlocutor, comprad la coleccion, yo tendria un disgusto en que otro la poseyera. Ya os enviaré cuando esté en mi casa en cambio la cuenta...

—¿Dónde está vuestra casa?

El interrogado pronunció algunas palabras entrecortadas; dijo su nombre y la residencia donde el baron había aprendido á cortar plumas.

Este lo miró fijamente y meneó la cabeza.

—Al regresar de la universidad he pasado seis meses en esa ciudad, que no es grande, y jamás he oido hablar de la casa de los condes de Staremborg.

(1) Freiherr; baron en aleman es hombre libre.

El pretendido conde se enrojeció como la púrpura.

—¿Quereis mi palabra de honor? dijo con una voz poco segura. Os prometo que al punto que llegue os haré contar 300 luisas de oro donde querais...

—Yo puedo adelantaros dinero, pero con una condicion...

—¿Cuál? exclamó el conde, yo estoy pronto á firmar. Teneis razon para desconfiar; yo...

—¡Firmar! eso no vale la pena. Vuestro aspecto franco inspira confianza. Quiero saber si una figura semejante puede mentir. La condicion es...

—No, señor baron, pensais con delicadeza y teneis motivos para sospechar porque os he mentido. Teneis razon, no existe casa alguna de Staremborg, y quiero deciros quién soy.

—No, no, señor conde, dijo Leinau interrumpiéndole; ¿quereis hacer lo que voy á deciros?

—Baron, hé aquí mi mano.

—Quiero que deis el dinero al administrador de mis bienes, cuando llegéis á casa de vuestros padres (aquí están sus señas), y después, que ni hoy, ni mañana, ni nunca, me escribais á mí ni á mi administrador, ni nos digais quién sois. Ya me habeis dado vuestra palabra de honor y vuestra mano. Diciendo esto, sacó Leinau su cartera y dió al conde unos billetes de banco.

—Estos billetes valen mas de lo que os hace falta; vos no os incomodareis por eso.

El conde se arrojó á su cuello y lo estrechó fuertemente entre sus brazos; después pagó al librero, y mientras éste le daba la vuelta dijo á Leinau apretándole la mano:

—No olvidaré vuestra generosidad.

Al dia siguiente el baron había partido de Londres, donde se embarcó para Copenhague, dirigiéndose inmediatamente á Petersburgo, en cuya ciudad tuvo la fortuna de encontrar buenas recomendaciones. Catalina, á la que fue presentado, lo trató con la mayor diferencia, no pudiendo él comprender lo que le valia tanto honor.

—¡Buen Dios! le dijo riéndose uno de sus amigos, nada hay mas sencillo; la czarina es mujer, y vos no sois mal formado. ¿Deseais entrar al servicio de la Rusia? Vuestro deseo está cumplido. Aun en los príncipes mas distinguidos el exterior desempeña el principal papel. Gran número de oficiales han sido retirados á pesar de sus servicios, pero la suerte os favorece.

—¿Creeis, pues, que la czarina me dará una compañía?

—Ciertamente, mi querido baron, creedme, obtendreis mas de lo que pensais. Yo he observado la mirada que os dirigió al volverse, y es la misma que dirigió al conde Rasumowsky, á la princesa Datchkow, y últimamente á Potemkin. Todo el mundo habla de vos. Desconfiad, vuestra fortuna está hecha.

Efectivamente, algunos dias después fue llamado Leinau por el príncipe Potemkin, quien lo sorprendió de una manera halagüeña ofreciéndole el despacho de teniente coronel de un regimiento de caballería. El joven agraciado, vestido de gran uniforme, fue admitido al honor de besar la mano de su graciosa protectora. Potemkin lo envió inmediatamente á reunirse con su regimiento, á cuya cabeza siguió las banderas de Romanzow y de Repnin en la Moldavia, contra Oczakow. En el sitio de esta plaza, la conducta cruel de los rusos hizo tanta impresion en Leinau, que estuvo á punto de hacer su dimision, pero no la hizo, y la czarina lo mandó complimentar por el valor que había demostrado en Oczakow y le dió el grado de coronel.

«Es seguro, escribia el nuevo coronel á su amigo de Petersburgo, que mi ascenso es el fruto de una mirada á la que todo lo debo, porque he demostrado muy poco valor en Oczakow; yo he sido con mi regimiento espectador pacífico del asalto.»

El coronel Leinau entró en un cuerpo ruso



Una corrida de toros en tiempo de don Alfonso el Sabio.

que combatía á los suecos en Finlandia. Batíose cerca de un año hasta el momento en que se terminó la paz en el campo de Wercla. En este tiempo se acordó frecuentemente del que se titulaba Staremborg, á quien había socorrido en Londres, y que aun no había hecho uso de las señas de su administrador. Hallábase en la certeza de que había recibido su carta, pues el dador de ella le aseguraba habérsela entregado fielmente. Lo que disgustaba al baron no era la pérdida de sus 300 luis, sino la idea de haberlos dado á un hombre cuyo exterior le había engañado, á un hombre de tan poco honor, que en nada tenía su palabra y la confianza que se le dispensaba. Como quiera ardía en vivos deseos por conocer la suerte de Staremborg. Despues de haber recibido el grado de coronel, concibió el proyecto de vender los bienes que poseía en su patria y establecerse en Rusia, pues no sentía ninguna inclinacion hácia Alemania.

«¿Quién sabe, discurría, si al regresar, mi gracioso soberano me haría poner otra vez en camino para aprender á cortar las plumas?»

(Se continuará.)

#### MODAS DE LA ESTACION.

*Trage de sociedad.*—Vestido de glasé, color malva con un volante de la misma tela en el borde de la falda. Cuerpo de escote cuadrado; éste, la manga y falda va adornado con enrejados de terciopelo, número cero, color malva muy oscuro, rodeados de otro terciopelo del mismo color, de 4 centímetros de ancho. Diadema formada de grupos de geranio malva.

*Trage de viaje.*—Vestido de alpaca gris, adornado con bieses de glasé de color mas oscuro. Gran talma gris claro con bieses de glasé del color del vestido. Sombrero chambergó

de fieltro gris con plumas y cintas del mismo tono de color que el adorno de la talma.

*Trage de campo.*—Vestido de mozambique color habana. Paletó ajustado de la misma tela, guarnecido de pasamanería. Sombrero de paja de arroz con una ave, cintas y velo color habana. Corbata algo mas oscura. Cuello derecho.

#### LAS ESTRELLAS.

Clara y pura era la noche:  
ella á mi lado cantaba,  
y sobre el Elba sonoro  
deslizábase mi barca.

—¡Benditas esas estrellas!—  
dije lleno de esperanzas,  
mirando sus dulces ojos  
donde el amor reflejaba.

Ella, sencilla, hácia el cielo  
dirigió la vista ufana  
para mirar las estrellas;  
mas yo sus ojos miraba.

J. VILLET.

#### LA HIJA DE JEFTÉ.

Ya que nuestro país, nuestro Dios, piden,  
¡oh padre mio! que tu hija espere; ya que has  
comprado tu victoria con tus votos, hiere  
este pecho que descubro para tí.

La voz de mi dolor se ha callado, las mon-  
tañas no ven vagar por sus colinas; inmolada  
por la mano que tanto quiero, el golpe será  
para mí sin dolor.

No lo dudes, padre mio, la sangre de tu  
hija es tan pura como la bendicion que imploro  
antes de verterla, como el último pensa-  
miento que aquí abajo me consuela.

No des oídos á las lamentaciones de las vír-  
genes de Solyma; ¡sé inflexible como juez y

como héroe! Yo he ganado para tí la grande  
batalla; mi padre y mi país son libres.

Cuando esta sangre que me has dado, haya  
brotado de mis venas, cuando la voz que ama-  
bas esté ya muda, pueda mi memoria ser to-  
davía tu orgullo, y no olvides que al morir he  
sonreído.

LORD BYRON.

#### MADRIGALES.

Si un beso me negaste,  
Mujer por quien respiro,  
Y creiste ofenderme, lo que admiro  
Es que así de la muerte me salvaste.  
Que al confundir el tuyo con mi aliento  
Acercarme quisiera  
De tus ardientes ojos á la hoguera;  
Y en su fuego violento,  
De amores abrasado sucumbiera.

¿Por qué serán azules me decia  
Mi bella y dulce Aurora,  
Ese mar, y esos montes, y ese cielo?  
Y escuchándola yo, la respondia:  
Envidian tu belleza seductora,  
Y toman con anhelo  
El color de tus ojos por modelo.

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

#### VIÑETA DE LAS CANTIGAS.

Publicamos una viñeta sacada del célebre  
códice de las *Cantigas* del rey don Alfonso el  
*Sabio*, que demuestra cuán antiguo es el gusto  
de los españoles por las corridas de toros.  
Se ve que los encerraban en alguna plaza pú-  
blica ó construida al efecto, y que les lanzaban  
pequeñas flechas. La suerte de las banderillas  
de fuego no se inventó hasta mucho mas ade-  
lante.

#### UN VIAJERO SABIO.

—Al coche, al coche, señores,  
cierto mayoral gritaba;  
¿están todos los viajeros?  
—Tenga usted, amigo, calma.  
—Pues no perdamos el tiempo  
porque la jornada es larga;  
suba usted, si va á cupé.  
—No, señor, voy á Igualada.

#### PENSAMIENTOS.

En los palacios de los gobernantes sé del  
parecer de los gobernados.

Pitágoras.

Los holgazanes siempre saben qué hora es.

\*\*\*

El amor, el que cura primero es el que sa-  
le mejor curado.

La Rochefoucauld.

Gobernar es escoger.

Levis.

El valor muchas veces no es mas que el  
efecto de un grandísimo miedo.

Galiani.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.

—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65; y en la Publicidad, Pa-  
saje de Mathen.

En provincias Etrangero y Américas en casa de los sorresponsales de los Señores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos  
de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.